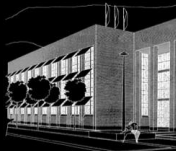


Maquetación: José Porral

Dibujo original: Carmen Rodríguez Ledesma [2ºB, Bachillerato]

Concurso Literario "Gustavo Martín Garzo"



Junta de
Castilla y León

IES Arca Real

Se establecen dos categorías (para estudiantes de 12 a 14 y de 15 a 18 años).

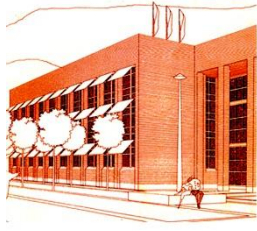
Primer premio y accésit de 300 euros y 100 euros, respectivamente, en cada categoría.

XVIII CERTAMEN LITERARIO DE RELATO BREVE

GUSTAVO MARTÍN GARZO

(2021)

I.E.S. ARCA REAL




**Junta de
Castilla y León**
I.E.S. Arca Real
C/ General Shelly nº1
47013 - Valladolid
47007021@educa.jcyl.es

CONCURSO LITERARIO “GUSTAVO MARTÍN GARZO”

ACTA DEL JURADO DE LA XVIII EDICIÓN

En Valladolid, siendo las 17 horas del 31 de mayo de 2021, se reúne el jurado de la XVIII Edición del Certamen Literario *Gustavo Martín Garzo*.

Miembros del Jurado:

Presidente de honor: D. Gustavo Martín Garzo.

Vocales: D. César Sanz Alonso (Director de la Editorial Difácil).

D. Fernando del Val Sanz (Escritor)

Dña. Carmen Corsino Torrejón (Antigua profesora de Lengua castellana y Literatura en el I.E.S. *Arca Real*).

Dña. Gloria Rivas Muriel (Profesora de Lengua castellana y Literatura en el I.E.S. *Arca Real*).

Con derecho a voz pero sin voto:

Dña. María Quintana Donoso (Directora del I.E.S. *Arca Real*)

Después de las oportunas deliberaciones se acuerda otorgar los siguientes premios:

- CATEGORIA I [Estudiantes de 11 a 14 años]:

Primer Premio ... Título: *Un Haloween cualquiera*

Autor: Víctor Aja Cabello

Centro: I.E.S. Condasa Eylo

Accésit Título: *Las consecuencias de las decisiones*

Autora: Candela Molina Ferrero

Centro: Colegio S. F. Jesuitinas

- CATEGORIA II [Estudiantes de 15 a 18 años]:

Primer Premio ... Título: *Ella*

Autora: Olivia Yingbo Martín González

Centro: Apostolado del Sagrado Corazón

Accésit Título: *El sueño de volar*

Autor: Álvaro García Hernández

Centro: I.E.S. Emilio Ferrari

Valladolid, a 31 de mayo de 2021.

D. Fernando del Val Sanz



D. Gustavo Martín Garzo



D. César Sanz Alonso




Dña. Carmen Corsino-Torrejón



Dña. María Quintana Donoso



Dña. Gloria Rivas Muriel



Un Halloween cualquiera

Víctor Aja Cabello

En un pueblo normal, yo vivía en la avenida del Zorro, la calle más popular en Halloween. Todo el mundo iba allí a pedir truco o trato por las casas. Las calabazas iluminaban las calles durante toda la noche, mientras los niños, disfrazados, corrían y comían caramelos, sentados en los bordillos. Enfrente de mi jardín me estaban esperando unos amigos para ir a por caramelos. David estaba disfrazado de zombi, Álvaro de araña y Eva de murciélago.

- ¡Hey chicos! ¿Habéis cogido ya provisiones? - dije frotando mis manos.
- Sí, pero no te hemos guardado ninguna ¡Jajaja! - rio a carcajadas Álvaro.
- Da igual. Ahora vamos a comer caramelos hasta reventar. ¡Nada nos parará!
- ¡¡Aaaaahhh!! - salimos corriendo calle abajo como locos.

Pasamos por todas las casas de la calle, hasta de nuestras propias casas. Todos los años, el ayuntamiento se ilumina de color naranja y el mejor sitio para verlo es desde lo alto de la colina del antiguo cementerio. Desde allí se ve genial la plaza mayor con el gran edificio naranja en el centro.

- Me impresiona mucho que nadie venga a ver las vistas desde aquí solo porque crean en las maldiciones, ¿no te parece Alex? - me dijo Eva apoyándose sobre mí.
- Hay gente muy supersticiosa, Eva.
- Ya, pero es que estamos nosotros cuatro solos en dos kilómetros a la redonda y...
- ¡Relájate Eva! Es la mejor noche del año - gritó Álvaro, saltando detrás de la lápida donde estábamos apoyados.
- Es verdad, no tengo que agobiarme por nada.

A la una de la mañana, volvimos hacia la calle del Zorro y nos despedimos en el patio delantero de mi casa. Otro año más, otro Halloween perfecto.

A la mañana siguiente, algo no iba bien. Por la ventana de mi habitación entraba una luz tenue y roja. Me levanté para mirar el reloj y marcaba la hora a la que

me acosté ayer: la una y veinticuatro de la mañana. ¿Se le habrán acabado las pilas?

Fui a la cocina, y al pasar por el salón, miré por la ventana y la luz procedente de la ventana era de un rojo carmesí intenso; intenté abrir la ventana, pero estaba atascada. Volví a retomar mi rumbo, ir a la cocina para mirar la hora. Cuando llegué, el reloj del horno tenía la misma hora que el de mi habitación: la una y veinticuatro. De repente, sonó mi móvil que marcaba la misma hora. Lo cogí.

- ¿Hola? - pregunté aterrado.
- ¿Alex? - sonó una voz distorsionada tras el teléfono - ¿Eres tú Alex?
- ¿Eva? Sí, soy yo - dije extrañado.
- ¡Oh, Alex! ¡Estoy aterrada, no puedo salir de mi casa y todos los relojes marcan...!
- La una y veinticuatro, en mi casa también.
- ¿De verdad? No sé si eso es malo o no, en mi casa también y no encuentro a nadie, eres la primera persona con la que hablo en toda la mañana.

Estuvimos un buen rato hablando y pensando en qué podría ocurrir hasta que vi dos sombras pasar a toda velocidad por la calle del Zorro.

- Eva, espera un segundo, acabo de ver algo pasar muy rápido por la calle. Se dirigía al cementerio abandonado.
- ...

La señal de cortó y un chirrido proveniente del exterior me taladró la cabeza por completo; solo duró unos segundos, pero hizo que me quedara inconsciente.

Noté una suave brisa en la cara. Algo me había agarrado y me arrastraba al ras del asfalto. Hice lo posible para ver qué o quién me había cogido, pero no lo conseguí.

Supe que aún seguía en la calle Zorro porque las casas tenían decoración y todas eran idénticas.

Di una pronunciada curva y después un frenazo en seco. Choqué contra unos contenedores al final del callejón al que iba todos los días a tirar la basura. Cuando me recuperé, vi dos siluetas antropomórficas formadas por un denso

humo negro. Intenté recular para huir, cuando me choqué contra los cubos de basura.

Las sombras no parecían agresivas, pero en ese momento estaba paralizado y mi mente no podía dejar de tener miedo.

Las extrañas figuras emitían extraños susurros y hacían aspavientos como si estuvieran hablando entre sí, pero ninguno de los estridentes sonidos que emitían se parecían a ninguna palabra que pudiera entender. Cuando acabaron de conversar, las dos oscuras figuras se abalanzaron sobre mí y todo se volvió oscuro y silencioso.

Al cabo de un rato desperté tumbado en el suelo de una casa antigua, de aspecto descuidado, con muebles de madera fracturados y las paredes con trozos de papel colgando de ellas. Había muchos retratos en las paredes, pero la mayoría estaban desgarrados o descoloridos por estar expuestos al aire durante tanto tiempo. Una densa nube de polvo se levantó cuando el portón del hall se abrió de repente.

Dos sombras como las que me habían arrastrado a mí por la calle traían a una chica a la que distinguí al instante, era Eva. La lanzaron contra el suelo y salieron de la casa cerrando la puerta y levantando otra nube de polvo. Acto seguido me acerqué a ella y la agarré la mano con fuerza. Esperé un rato y acabó despertando. Estaba asustada, lo notaba, pero ella lo disimulaba. Juntos intentamos abrir la puerta para salir de allí, pero era inútil, la puerta era muy pesada y no conseguimos abrirla.

- Tendremos que buscar otra salida, no podemos abrirla - jadeó Eva.
- ¡¿Y adentrarnos más en esta pesadilla?!
- Puede que sea la única salida, Alex - replicó Eva aterrada.

Nos miramos el uno a otro y nos pusimos a deambular por la casa con la luz del móvil como guía. Todo estaba polvoriento y lleno de telarañas. Atravesamos una gran biblioteca, con varios libros podridos tirados en el suelo; también pasamos por una sala de estar, con una chimenea de piedra con cenizas en su interior y varios sofás hechos jirones... Al fin, llegamos a un invernadero destruido, con varias macetas volcadas e iluminado por la intensa luz roja de la luna llena de

aquella noche. Una puerta de cristal agrietada, que daba acceso al jardín trasero, se encontraba al fondo de la sala.

- ¿Estás pensando lo mismo que yo? - dije a Eva señalando la puerta.
- Si te refieres a romperla y salir de aquí, sí.
- Pues ¿a qué esperamos? ¡Vamos a salir de aquí!

Juntos corrimos hacia la puerta y empezamos a dar patadas hasta que se resquebrajó en mil pedazos. Juntos salimos corriendo hasta el exterior donde el frío de la noche nos paralizó, nos sentamos en un banco para asimilar lo que estaba ocurriendo.

De repente, me di cuenta de que la vista desde allí era la misma que había en el cementerio esa misma tarde, se podía ver a la perfección todo el pueblo y en el centro, la plaza mayor con el ayuntamiento. Fui a echar una mirada a la mansión, pero no había nada más que la cumbre de una pequeña colina con hierba, me giré espantado para contárselo a Eva, pero vi que ella también lo estaba viendo. Salimos corriendo de aquel lugar para volver a nuestras casas, pero al llegar a la avenida del Zorro una inmensidad de sombras nos esperaban con aspecto de no tener buenas intenciones. Paralizados, intentamos correr en dirección contraria, pero nos habían rodeado. Cada vez se acercaban más y más, hasta que todos los destellos de luz roja se consumieron por la oscuridad absoluta.

Abrí los ojos y lo primero que vi fue el techo de mi habitación iluminado, no por un brillo de luz teñida de rojo, sino por la luz blanca del alba. Miré el reloj y vi que marcaba las nueve y media de la mañana, suspiré aliviado de que solo hubiera sido un sueño, que por supuesto, no comenté con Eva.

Al salir al patio delantero de mi casa, respiré hondo y me recreé en la agradable sensación de pisar el césped con mis deportivas azul marino.

Quedé con mi pandilla como solía hacer todos los domingos por la mañana. Les avisé con mi móvil de que fueran al cementerio.

Cuando llegué, Álvaro y David estaban sentados en el césped, pero Eva esperaba de pie en la puerta.

- ¿No entras? - le pregunté extrañado

- La verdad es que no me apetece mucho, hoy he tenido una pesadilla aquí y me ha dejado un poco afectada...
- ¿Sobre qué era esa pesadilla exactamente? - pregunté extrañado por la coincidencia.
- Es una tontería, pero si quieres te la cuento. Toda la luz que emitía la luna era de color rojo. Al principio, unas personas negras hechas como de humo me llevaron hasta una casa que había aquí arriba, en la colina, ya ves qué disparate... Luego me encontraba contigo y juntos investigábamos la casa hasta llegar a una especie de invernadero con una puerta de cristal que conseguimos romper para salir de allí. Al final las personas negras nos rodeaban y ya me desperté.

Tragué saliva, era exactamente lo mismo que había soñado, pero para no alarmar más la situación no se lo dije.

- ¡No te preocupes, es solo un sueño...!
- Si...

La cogí de la mano y la llevé hasta donde estaban nuestros amigos. Al ir a sentarme en el suelo, noté cómo me clavaba miles de pequeños cristales en las manos. Se me congeló la sangre nada más notarlo, y al gemir de dolor, Eva y yo nos miramos cara a cara, desconcertados y aterrados.

Las consecuencias de las decisiones

Candela Molina Ferrero

Hay cosas que haces en tu vida que sabes que van a marcar tu futuro, como, por ejemplo, la carrera que decides, el lugar donde quieres vivir, casarte, tener o no hijos, etc. Son hechos que piensas mucho, porque sabes que van a ser importantes para ti, pero... ¿qué pasa con todas las acciones que haces sin pensarlo mucho, que te parecen insignificantes y sin embargo se convierten en algo decisivo de tu vida también?

Cuando tenía doce años, me levanté como todas las mañanas de cole...tarde, ya había sonado el despertador tres veces y mi madre ya no me hablaba en susurros y cariñosa como hace quince minutos, cuando me dijo que me levantara por primera vez, más bien, era a pequeños gritos y lo que ella llamaba "advertencias" y yo llamaba "amenazas...que nunca cumplía".

- ¡Qué sea la última vez que te quedas hasta las doce viendo la tele, todas las mañanas lo mismo, el que sabe trasnochar, sabe madrugar! ¡deberías aprender de Tomás, a las diez todas las noches en la cama, y se va tan contento, que me lo ha contado su madre!

¡Cómo no! Raro era el día que antes de las diez de la mañana no saliera el nombre a relucir en mi casa del todo poderoso, listo, educado, amable y guapo del hijo de la mejor amiga de mi madre, Tomás, y encima le tenía que soportar también ese año en clase, porque antes me servían las excusas para que mis padres no se enteraran o no me riñeran por las cosas que me pasaban malas del cole:

-Mamá, he suspendido el examen de mate, pero es que la profe lo ha puesto súper difícil y nos ha suspendido a todos, yo creo que nos tiene manía, pero vamos, que tampoco cuenta mucho y nos ha dicho que nos hará otro. Y mi madre se lo tragaba, te ponía caritas, pero vamos que de ahí no pasaba la cosa. ¿Pero después? ¡Vete a decirla eso!, antes de llegar a casa, Tomás ya le había contado a su madre su nota de mate...y la mía, (por supuesto su nota muy superior) lo que había hecho, con quién había estado, y las veces que la profe me había reñido, y claro, a la madre de Tomás le sobraba tiempo para llamar a la mía y contárselo todo, así que cuando yo quería llegar a casa, mi madre me recibía en

la puerta, con los brazos en la posición de reñir, y con cara de pocos amigos me decía su saludo de bienvenida:

- ¡Con todo lo que me sacrifico por ti, ¿y así me lo pagas?, y ahora no me vengas con mentiras ¡que lo sé todo!, mira que te, que te, que te, que te... ¡Pasa para adentro! ¡Ya verás cuando lo sepa tu padre! ¡Me vas a matar del disgusto! ¡Ay! ¿Pero no puedes aprender un poco de Tomás...?

¿Qué opináis de Tomás? Muy majo Tomás ¿eh? ¿A que si...? ¡Ojalá se fuera a vivir a Marte y no volviera Tomás! Eso era lo que yo pensaba, ¡Hala, ya lo he dicho!

Pues eso, que una vez el nombre del todopoderoso, listo, educado, amable y guapo sonaba por mi habitación, me levantaba de mala gana (como siempre), me mal ponía el uniforme (como siempre), me mal peinaba (como siempre), mal desayunaba (como siempre) y cuando iba a salir de casa con las prisas no encontraba la cartera del cole (¡como siempre!)

-¡¡¡Mamaaaaá!!!! ¿¿¿Dónde has puesto mi cartera??? (porque “seguro” me la había cambiado de sitio ella)

- ¡Está en su sitio!

- ¿Y cuál es su sitio? ¡En donde siempre no está!

Y ahí, la respuesta de mi madre... a qué la adivináis... sí, esa, ¡correcto!

- ¿A qué voy yo y la encuentro a la primera? Y oye, venía, y la encontraba a la primera.

Vamos, que, hasta ahora, ese día iba todo como un día cualquiera, cogí el autobús del cole, ¿y a que también adivináis a quién fue el primero que vi nada más subirme mirándome con su cara perfectamente lavada, su peinado engominado y su sonrisa Profidén diciéndome un perfecto buenos días...? Sí, también lo habéis adivinado, ¡por supuesto, me senté lo más lejos posible de él! Llegamos al cole, recuerdo haber tenido una mañana genial, ¡incluso en la clase de sociales fui el único que supe donde nacía el río Ebro y la profe me felicitó! ¡A mí! (hala Tomasito, mira a ver si eso también se lo cuentas a tu madre, recuerdo que pensé).

Salimos al comedor y allí ocurrió todo, estaba sentado con mis amigos, jugando como siempre a tirarnos el pan mientras el lento de Manu terminaba de comer, que como siempre, se lo estaba tomando con mucha calma sabiendo que como le necesitamos para jugar al fútbol contra los mayores pues todo lo que tenía de

calmado lo tenía de buen portero, estaba arrebañando todavía el segundo plato tan tranquilo, cuando yendo a tirar a Javi una miga, éste se alejó y vi que en la mesa de más allá, había varios niños alrededor de alguien y algo pasaba, pues de repente, todos los niños, que hasta ese momento estaban haciendo círculo, se habían puesto a hacer la gallina con las manos y gritaban y reían al mismo tiempo:

- ¡Co, coco, co, cooooo! ¡Jajajaja!

- ¿Qué pasa? Le he dicho a Javi

-No sé, vamos a ver, total, a Manu todavía le queda un buen rato, me respondió. ¡Cuál fue mi sorpresa, cuando nos acercamos y vi que lo que hacían los cuatro chicos era rodear a Tomás que lloraba desconsoladamente!, mientras los otros seguían riéndose y seguían haciendo ¡co, coco, co, coooo!

En un primer momento, tengo que reconocer que me alegré, ¡por fin ese día iba a ser yo el que iba a contar algo de Don Perfecto en casa! ¡chúpate esa! ¿o no?, estaba ya imaginándome la escena y vi claramente la respuesta de mi madre...

- O sea, ¿que como unos chicos se han metido con el pobre Tomás, tú también, no? Porque claro, si todos se tiran por un puente, tú detrás, ¿verdad?, ¡esto ya pasa de castaño oscuro! (esa frase le encantaba, en su día no sabía que le pasaba al castaño oscuro cuando pasaba de ese color, pero tal y como lo decía mi madre, sabía que debía ser algo bastante horrible).

Así que definitivamente, no, esto no lo iba a contar en casa, pero... ¡me alegraba! ¡eso sí! ¿o no, tampoco? Pueeeees, cuando ya me iba a dar la vuelta y volver a ver si Manu había terminado ya por fin, me entró un no sé qué y no pude dejarle allí a su suerte, supe que tenía que defenderle.

- ¿Qué ha hecho? ¿Por qué os metéis con él?, le pregunté al que tenía más cerca.

- Este bobo, que le dice a mi amigo que como todos los días come pollo, le van a salir plumas, ¡pensará que somos tontos! Así que mira, ¡nos hemos convertido en gallinas que vamos a dar picotazos a “este chico tan listo”! ¡Co, cococooooo! Jajajajaj

- ¿Pero por qué has dicho esa bobada Tomás? ¿Acaso no piensas muchas veces lo que dices? (Y eso se lo pregunté con doble intención claro, vosotros ya me entendéis).

-Les he querido hacer una gracia, estoy sólo casi todo el día y quiero hacer amigos, no sé, ha sido lo que se me ha ocurrido, pero se lo han tomado a mal y quieren pegarme, y Tomás siguió llorando desconsoladamente. Y ahí, de verdad que me dio mucha pena, así que les dije a los chicos:

- ¡Venga!, ¡dejadle en paz!, ha sido una bobada.

Una de las pocas cosas buenas que tenía el tener fama de picia como yo, es que los demás suelen respetarte por si las moscas, así que los cuatro se callaron, se dieron la vuelta y se fueron. Tomás seguía llorando, y como no sabía qué hacer, le dije lo primero que se me ocurrió

- ¡Anda, venga, ven con nosotros a jugar al fútbol! ¿sabes?

-Bueno, dijo él un poco más contento

- ¿En qué posición?

- Suelo ser portero, me respondió mucho más animado.

- Pues nos viene genial, porque Manuel todavía está comiendo y a este paso se va a pasar el recreo

Y así fue como ese día aprendí varias cosas, una, que todo, absolutamente todo lo que nos ocurre puede marcar un antes y un después, y otra, quizá, la más importante, que los perfectos no son tan perfectos ni los desastrosos somos tan desastres, aunque para mi sorpresa Tomás resultó ser también un portero increíble y desde ese día, Manuel empezó a comer mucho más deprisa si quería quitarle el puesto de portero principal a Tomás. ¡Ah! y desde ese día mi madre incluyó una frase más a su diccionario de madre

¿queréis que os la diga?

- ¿Este Tomás no tiene casa o qué?

Y es que desde entonces han pasado ya veinte años y Tomás sigue siendo mi mejor amigo, hacemos un grupo genial, muchas veces hemos hablado de ese día y nos reímos mucho, reconociendo que los dos queríamos ser un poco como el otro, y además... ¡ahora yo me peino mucho mejor que él!

Ella

Olivia Yingbo Martín González

No soportaba aquella mirada por más tiempo.

Sus ojos inquisitivos me perseguían allá adonde fuera. Lo peor de todo era que la jaula de tortura era mi propia casa, pues hasta el más recóndito rincón estaba expuesto a su endemoniada mirada. Hiciera lo que hiciera, la sentía clavando sus ojos de gata sobre mí, y toleraba el peso de su atención no solicitada cada hora del día, leyendo la confusión de mis pensamientos, describiendo mis más profundos temores, sabiendo cosas que ni yo conocía de mí misma.

Desafiándome.

Sí, también me desafiaba, claro que lo hacía. Su expresión era altiva, descarada, soberbia como la de una diosa. Emanaba un aura de seguridad apabullante. Con aquella pose natural que lucía su cuerpo semidesnudo, no solo me apuntaba directamente con los ojos, sino que además me señalaba con la barbilla alzada y, con la boca entreabierta, parecía repetirme en un doloroso silencio:

“Yo soy la mujer de esta casa, no tú. Tú eres la intrusa, tú eres la otra. Es a mí a quien quiere, es a mí a quien necesita”.

No, él me quería a mí, estaba convencida de ello. Nos conocíamos desde siempre, habíamos sido el pilar del otro en los momentos más adversos, como yo lo era —¿lo era?— para él en aquella depresión que se encontraba atravesando en una soledad voluntaria. La nuestra era una historia de amor idílica, un cuento de hadas digno de relatar a los niños, eso es lo que siempre me habían dicho. Es más: Ella fue un regalo que me hizo por nuestro aniversario de bodas. La que no pintaba nada allí era ella, no yo.

Aun sabiéndolo... Cada noche que volvía de su trabajo, muy cansado de vivir y muy necesitado de descanso, se sentaba en su sofá, con la corbata a medio

desabrochar y un zapato abandonado por el camino y, sosteniendo a duras penas una copa de coñac en una mano y un habano en la otra, pasaba horas y horas allí, contemplándola, embelesado y perdido en sus pensamientos. Y, sin hacer nada, sin querer hablar, desear o anhelar, acababa por rendirse en su lucha contra el sueño y aterrizaba en los brazos de Morfeo, a veces apoyando la frente en aquella mano encallada, dando una imagen de completo abatimiento, pero siempre siendo ella lo último que él observaba.

Ya hacía un mes desde que daba tumbos en ese camino de perdición, y ya una semana desde que había dejado de intentar hacerle dar media vuelta, aunque también empezaba a jugar con la idea de desistir de mis baldíos esfuerzos por seguirle también. Empezaba a creer que quizá ella tuviera razón, que quizá yo fuera la extraña en aquella casa. Quizá fuera ella y no yo a la que él quería de verdad.

¿No es un tanto absurdo?

Y, sin embargo, así sucedió.

Pocos días después, me encaré con ella por última vez, cruzada de brazos y con una maleta de cuero más larga que yo a mi vera. La observé con especial cuidado, tratando de no acongojarme ante aquella presencia omnipotente, pero, por un momento, creo que yo también caí en su macabro conjuro. En realidad, aquella era la primera vez que me paraba a mirarla de verdad y, sinceramente, entendí por qué Santiago había dejado de mirarme a mí. Resignada, me incliné para agarrar mi equipaje y, en un susurro apenas audible, le admití lo que nunca imaginé que admitiría:

“Mi marido se ha enamorado de ti. Tú eres la mujer de la casa, no yo, que soy la otra. Es a ti a quien quiere, es a ti a quien necesita”.

Y, sin despedirme de él, me fui de mi propia casa, exiliada por el retrato que un artista francés me hizo años atrás y que mi marido me regaló sin saber quién era por nuestro quinto aniversario.

El sueño de volar

Álvaro García Hernández

Sé que quieres volar, mi pequeño Frederick. Sé que quieres escapar de los barrotes que te aíslan del mundo exterior, que te hacen ver una imagen de la realidad difusa y entrecortada, que te han arrebatado, sin tú poder hacer nada; expandir las alas y volar, volar libre por el cielo. Pero no puedo dejarte. Tú eres mi único protector. Eres el único que todavía no me ha abandonado; puede que sea porque no puedes escapar de esa jaula, pero aun así estás conmigo y te necesito a mi lado.

El periquito no cambió de expresión, no parecía entender la gravedad de los hechos ni lo que trataba de explicarle. Me giré hacia la carretera para ver si alguien nos había reconocido. Derecha, izquierda, derecha, izquierda. Por ahora estaba correcto, en principio no nos haría falta cambiar de refugio hasta la noche. Volví a mirar a mi periquito, a Frederick, y acaricié su jaula como si estuviera acariciando su plumaje. Tenía las manos negras de un minero que extraía carbón y la suciedad se infiltraba entre mis uñas de la misma forma que lo hacía entre los dientes, el pelo sudoroso y aglomerado, y entre los dedos de los pies.

Necesito que entiendas. Que comprendas lo que te estoy diciendo. Si he conseguido todo esto, es gracias a ti. Introduje lo que pude de mi dedo meñique por los huecos de la jaula y cuando lo tuvo a su alcance el pájaro lo picó. ¡Maldito seas! Tú lo que quieres es mi muerte, ¿verdad? ¿Quieres que me pudra aquí abajo, ¿no es eso?

El periquito, después de mirarme de la misma forma adorable, típica de un pájaro, se giró para darme la espalda. No, no, no, no. Perdóname. No, no te lo decía en serio. Ya sabes que no podría pensar eso de ti. Eso es, date la vuelta, gira despacio hacia mí. ¿Cómo? ¿Comer? Sí, sería importante. Yo también tengo hambre, tengo mucha hambre, la verdad. ¿Tú también tienes hambre? Sabía que tú también tendrías hambre.

Me volví hacia la mochila de viaje en la que guardaba todo, desde monedas de un céntimo que encontraba por la calle, hasta el agua y las provisiones. Batí de

un lado para otro, hasta que finalmente encontré algo de alpiste. Lo serví en la palma de mi mano y le acerqué la comida, pero el periquito no se inmutó.

¿Ahora no quieres comer? ¿Qué te pasa, Frederick? Los ojos negros de peluche del periquito me miraron inquisitivos, tan fijos como los de una estatua. Ah, vale, con que esas tenemos. Solo te gusta *su* alpiste, ¿no es así? El periquito pio. Pues te le compro, problema solucionado. Esta vez el pájaro gritó, incluso me pude imaginar que fruncía un ceño que no tenía. O sea, si no es el de casa no te gusta. ¿Es eso? ¿Sí? Pues no pienso ir a casa de nuevo. Frederick rugió iracundo, revoloteó por toda la jaula e hizo ademán de escapar entre los barrotes, por mucho que no pudiera. Vale, vale, vale, vale. Si quieres ir allí, te quedarás allí. Lo que tú quieras.

Salimos de debajo del puente con la precaución de un herbívoro pequeño y frágil, y caminamos escondidos por las sombras y las esquinas durante unos pocos kilómetros. Fuimos lentos, a paso inquebrantable pero ralentizado por los múltiples peligros del exterior. Conseguimos llegar a la casa, a esa maldita casa que siempre me mira con aires de superioridad. Ese lugar al que hace mucho tiempo llamaba hogar y del que escapamos. No entendía por qué Frederick quería regresar.

Todavía conservaba las llaves. Las saqué de la mochila y miré a ambos lados de la calle, repetidas veces, para luego abrir la puerta principal. Empecé a subir las escaleras adornadas por esquivras negras en un fondo blanco pálido, y no pude evitar contarlas mientras subía: 37122... 45932... 53235... Las contaba de tres en tres, de cuatro en cuatro, incluso las contaba de decenas en decenas hasta llegar al tercer piso.

Me planté delante de la puerta y puse el oído contra su madera de roble para saber si había alguien dentro. Todo despejado. Frederick pio ansioso y sus ansias se transformaron en mis ansias por abrir rápidamente la puerta. Después de un chasquido y un giro brusco, entramos suaves y sigilosos en la vivienda.

Dejé al pájaro en el suelo y a través de la jaula le enseñé cómo ponía un dedo vertical encima de mis secos y rasgados labios. Ya que estamos aquí, le susurré, voy a coger algunas provisiones, así al menos rentabilizo el viaje. Por suerte para mí, la despensa estaba llena de comida, a rebosar de manjares de los que me

hice acopio con rapidez. No tardé en saciarme y decidí reposar los alimentos sentado en la misma mesa de la cocina.

El reloj picaba en el tiempo, insaciable, pero su sonido me tranquilizaba. Tan recto, tan perfecto, tan acompasado... Abrí los ojos, y observé la encimera. Estaba limpia como si la estuvieran estrenando, aunque tuviera bastantes años estaba perfecta. Encima de ella había algunos documentos burocráticos y, apoyada en la pared, una fotografía. La señorita de la izquierda, que era una bruja amargada por mucho que su sonrisa y aspecto pulcro dijeran lo contrario, era mi mujer; mientras que yo estaba colocado a su derecha, abrazándola.

La fotografía tenía tantos años como las arrugas que habían proliferado en los bordes de mis ojos. Ahí era un chavalín que se había ido de viaje con la novia, que pronto se convirtió en mujer. Pero nunca debí de hacer eso. Ella es una vieja bruja que me ha intentado controlar, que trató de introducir su afilado pico de corneja para que las cosas fueran como ella quería.

Pero antes no era así, ni mucho menos. Creo que empezó a comportarse diferente desde que fuimos al doctor, hará casi diez años. Me dijeron que debía ir por yo qué sé perro al que había pegado una patada; porque me había vuelto agresivo, sobre todo con los animales. Allí me hicieron millones de preguntas y luego algunas pruebas. Yo no entendía por qué, pero a veces, al contestar, mi mujer me miraba turbada, se espantaba repentinamente y luego miraba al doctor, que asentía con ligereza y seguía con las preguntas. Al terminar me pidieron que saliera de la habitación. Esperé en la salita contigua algunos minutos hasta que salió mi mujer, con un gran papel que se guardó en el bolso. Nunca olvidaré cómo se arrodilló ante mí, cómo me miró en ese momento de tránsito entre convertirse en lo más amado a lo más odiado. Sus ojos marrones, aguados por la pena; las pestañas de reluciente negro, que se había corrido por el contorno del ojo. Había llorado a dentro, sin duda, pero también lloró silenciosa mientras me abrazaba.

Fue pocas horas después que me dieron al periquito, de camino a casa habíamos parado en una tienda de animales y ella me lo entregó. Un amiguito que tienes que cuidar, dijo que era. Ese fue su último gesto de bondad. A partir de entonces empezó a controlarme en todo lo que hacía. Me quería dar pastillas

extrañas que desconocía su función, que saliera a pasear, que fuera a no sé qué club de raritos que hablaban raro, actuaban raro y miraban raro. No pude soportarlo y hui con el Frederick, el mismo que ahora me quiere abandonar.

Me levanté de la silla y fui hasta el pasillo principal. Habían pasado tantas cosas entre esas paredes que se arremolinaban los recuerdos sin control. Me dirigí a la puerta principal y al estar delante de ella, escuché un chasquido mecánico, un repiqueteo de los mecanismos de la puerta al abrirse. Segundos después, entró una mujer de ojos marrones y pestañas negras. Ella miraba al suelo, y cuando se encontró de frente conmigo, soltó de golpe las bolsas de la compra que llevaba.

—¿Alberto? —murmuró, se acercó hacia mí y quiso acariciarme la cara, pero me alejé— Has vuelto, has vuelto de verdad. Por ti mismo...

—No —respondí con toda la sequedad que pude—, solo vine porque Frederick quería volver.

—Pero, mira esto —Agarró la jaula del canario—. ¿De verdad has conseguido cuidarlo todo este tiempo? ¿De verdad?

—Ese pájaro me ha traicionado. Ahora deja que me vaya, Sandra.

—¿Por qué?

—No se me ha perdido nada aquí.

—No digas tonterías —bufó. Seguía teniendo su carácter de bruja—. ¿Sabes lo mal que lo he pasado por ti? ¿Sabes lo que lloré cuando escapaste de casa? ¿Lo que lloré cuando diagnosticaron tu locura, tu trastorno de agresividad contra los animales? Y ahora que vuelves, que por fin vuelves, ¿me dices que te vas?, ¿de nuevo? He hecho demasiado por el bien de este matrimonio. Ahora no pienso dejarte. Aunque me muera aquí mismo, no te dejaré.

Recapacité durante algunos segundos.

—¿Puedo hacer una cosa antes?

Ella asintió, le pedí la jaula del periquito y me acerqué a la ventana que más cerca tenía. Allí abrí su puertecita y el pájaro voló hasta hacerse uno con el cielo

y la libertad. Miré a mi mujer, que estaba a varios metros detrás de mí, y supe que hacer.

Busqué mi propio camino, volé libre por fin a través de la ventana.